

La espontaneidad de la gota

Es temprano, es verano, es Sábado, está lindo, no sé qué me motivó a salir descalzo al jardín, nunca lo hago, nunca salgo, mi esposa me mira como si fuera un bicho raro o como si estuviese por contraer una extraña enfermedad.

Cuando salgo voy directo a la cochera, guardo mis cosas en el maletín y salgo, me subo al auto y salgo, salgo para la oficina, nunca piso el pasto, me da impresión pisarlo, creo que algún bicho me puede picar o tal vez una ortiga me pueda producir un sarpullido, siempre miro los árboles a través de la ventana, pero esta vez quise salir, estaba descalzo, pude ponerme unas pantuflas pero no lo hice, no sé si lo dije, soy alérgico a todo, al polvo, al polen, al frío, a los mariscos y a las cremas de afeitar, por eso me dejo la barba larga como un vikingo.

Salí descalzo al final y no me importó, estaba fresco a pesar de que el sol prometía una jornada agotadora. El limonero está a sólo quince metros de la puerta de la cocina, ya me había colmado la taza que me regaló mi nena para el día del padre hasta el borde de un café fuerte, muy fuerte, siempre lo tomo sin azúcar, es la única forma que logro que mis neuronas se pongan en funcionamiento a esa hora, no voy a trabajar obviamente, me lo merezco, o tal vez porque es sábado aunque hay sábados que también trabajo, generalmente para los cierres de mes, o porque estoy de vacaciones, aunque nunca me las tomo por completo, vacaciones es una manera de decir, un tiempo distinto donde aburrirme a pesar de tener tiempo para hacer todo lo que me gusta y que jamás hago. El piso está mojado, no llovió a la noche, el pasto está húmedo, más que húmedo, tengo una extraña sensación en los pies pero quiero seguir avanzando, mis pies se hunden como si pisara una colcha peluda, peluda pero húmeda, está frío, la sensación es rara pero me gusta, me

estimula, me invita a seguir adelante y acercarme al limonero, el mismo que compré el día que papá se fue.

En el hogar donde estaba siempre se quedaba mirando los dos limoneros que estaban plantados al final de patio, eran enormes y repletos de limones todo el tiempo. “Cuando salga de acá quiero que plantemos un limonero” creo que fue una de las últimas cosas coherentes que me dijo aunque él vivía en un séptimo piso contrafrente.

Traté de cumplirlo, era mi deber, la misma semana que lo despedimos fui a un vivero y me traje el más grande que tenían, la maceta pesaba como ochenta kilos, en realidad no era una maceta, era una especie de contenedor de plástico negro flexible que usan para mantener las plantas cuando las sacan de la tierra. Esa semana lo volví a la tierra y recién hoy después de seis años necesito ver como viene creciendo, quiero tocar sus hojas, quiero oler sus azahares y apreciar cada parte de la contextura del árbol formidable en lo que se ha convertido. Toco una rama y acaricio una hoja, es verde, tan verde que me hace pensar que el verdadero y único verde que existe es el que está circunscripto al dibujo de esas nervaduras, siento paz, armonía, y puedo distinguir una gota de rocío sobre la unión que forman las dos mitades de la hoja, antes no la había visto, quiero seguir viéndola sin que la hoja se desprenda de la rama, el perfume a limón me invade, en mi otra mano sigue mi taza, el café se está enfriando pero de todas formas el intenso aroma de mi desayuno se mezcla con la ternura de ese rocío de la mañana, es una sinfonía de notas que penetran bailarinas en mis fosas nasales, un blend de perfección que me lleva al pasado y al futuro o mejor dicho me saca de este mundo y me ubica en un lugar donde el tiempo y el espacio son infinitos. Me hace bien, muy bien.

Tomo un trago y siento su sabor suave atravesar mi garganta, la gota de rocío de la hoja que mantengo entre mis dedos, esgrime un minúsculo arcoíris, dios está ahí, ahí adentro, en ese microespacio, en esa espontaneidad

de esa gota sobre la que puedo adivinar cuál será la duración de su existencia. Suelto la hoja que rebota hacia su tronco, hacia su vientre, la gota desaparece como también su pequeño arcoíris, tomo entre mis dos manos la taza, quiero conservar el calor que aún le queda, tomo otro trago, presiono el asa de cerámica entre mi índice y mi pulgar y puedo leer sublimado sobre fondo blanco “Feliz día papá”.